



El poeta José Agustín Goytisolo, fotografiado ayer en Murcia.

MARTÍNEZ BUESO.

«El nacionalismo es sentirse grande en una casa pequeña», dice Goytisolo

El autor de 'Final de un adiós' inauguró el Aula de Poesía de la Universidad

EP • MURCIA

El poeta catalán José Agustín Goytisolo, quien inauguró ayer con un recital, en el hemiciclo de la Facultad de Letras, el Aula de Poesía de la Universidad de Murcia, considera que «el nacionalismo es sentirse grande en una casa pequeña,

y yo prefiero sentirme pequeño en una casa grande». Goytisolo agrega que «esto de los nacionalismos es una manera de poner un caramelito a la gente de *somos diferentes del otro*; está bien, somos diferentes, pero hay que tener cuidado, porque se confunden los dialectos con las hablas».

«Este tipo de saber que te inculcan con pastillas y que la gente va repitiendo, es un poco triste», afirmó. Respecto al concepto de patria, Goytisolo destacó que «mi primera patria es mi cama y mi casa, después mi barrio y después Barcelona, pero si me voy a otro sitio y vivo un año en París, mi patria viaja conmigo; es decir, es algo familiar. Hasta el nombre mismo de patria hace su lugar donde uno se encuentra bien, puede trabajar y donde puede ser respetado y respetar a los demás».

Por otro lado, Goytisolo comenta que «yo, cuando escribo, no hago sólo un libro sino que escribo dos del tirón, de los que guardo uno y el otro lo des-

hago; corrojo mucho todo lo que escribo, no soy por terminada nunca una versión». Respecto al que actualmente está escribiendo, agregó que «ya veremos qué nombre tiene finalmente».

Sobre los recitales, como el que ofreció ayer en Murcia a jóvenes autores noveles, Goytisolo afirmó que «yo no recito poesía, yo la digo, no imposto la voz, no sé declamar, no tengo una voz para la poesía y otra voz para contestar preguntas, me parece falso». El poeta catalán, nacido en Barcelona en 1929 y licenciado en leyes, recuerda con cierta nostalgia reuniones con amigos analizando la poesía de otros: «Éramos lectores de poesía, el tema de conversación no era nuestra poesía», afirma

que «me parece que el propio actor nunca sabe si se recordará alguno de sus poemas, creo que lo más importante es el orgullo, antes que la vanidad».

«La vanidad es querer que se conozca mi nombre, mientras que el orgullo es que Mercedes Sosa cante uno de mis poemas y no conozca a su autor», advierte Goytisolo, quien reconoce estar leyendo la obra de coetáneos de Federico García Lorca, que no se exiliaron y que se quedaron, tales como Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso, en concreto obras de los 50 como *Hijos de la ira* o el surrealismo de Alexandre que prosiguió en *Ambito*, *Pasión de la tierra*, *Espadas como labios* o *Cosmos*.

José Luis Garcí estrena su último trabajo, 'El abuelo', «cine de efectos emocionales»

EFE • VALENCIA

El cineasta José Luis Garcí, que estrena mañana *El abuelo*, basado en la novela homónima de Benito Pérez Galdós, indicó ayer que para él es imposible hacer cine de efectos especiales. Al contrario, lo suyo es hacer películas de «efectos emocionales». El director compareció ayer junto a todo el equipo en la presentación a los medios de comunicación de esta película, que parte como una de las favoritas para representar a España en los Oscar de Hollywood (decisión que se toma también mañana).

Pero Garcí, a pesar de que consideraría «un honor» representar a España, no ha hecho *El abuelo* con el fin de triunfar, sino como una necesidad de incurrir en el mundo galdosiano. «No puedes poner en la cámara el objetivo del éxito», declaró Garcí, quien tras leer la obra de Galdós se imaginó un abuelo «a medio camino entre Walt Wyman y Tolstoi», un personaje al que desde el primer momento puso «el rostro, la mirada y el porte» de Fernando Fernández Gómez.

El abuelo narra la historia del conde de Albrit, que regresa de América viejo y casi ciego, con la intención de descubrir entre sus dos nietas a la bastarda, a la que no reconocerá como sangre de su sangre. Sin embargo el valor de la madre de las niñas, Lucrecia Richmond (Cayetana Guillén Cuervo) impedirá esa disgregación.

Si bien el honor es uno de los baluartes del Conde de Albrit, representante de la rancia aristocracia que ya había muerto en el 98 —época en que transcurre la trama—, Fernández Gómez no comparte esta opinión, pues al contrario que a su personaje, a él «el honor es algo que no me importa en absoluto».

Rango

A la hora de afrontar el personaje, Fernández Gómez se encontró con un hombre «escindido con su vertiente tierna, asaltado por las dudas, equivocado porque a lo único que da valor es a los demás».